

hizo abriera el Ateneo de Madrid sobre la oligarquía y el caciquismo y en sus investigaciones sobre el derecho consuetudinario de España. Y poco después de su muerte consigné en un estudio que en la revista *Nuestro Tiempo*, de Madrid, le dediqué, lo que acerca de él y de su obra, tan ligeramente juzgada por lo común, según creo, pensaba y sigo pensando.

Mas ahora he de limitarme a indicar que Costa por temperamento, y en sus últimos días más que por temperamento, por enfermedad—que fué muy larga y muy penosa la que le llevó al sepulcro—era un pesimista, y de las pinturas que hacía del estado actual de España hay que quitar mucha, pero mucha, muchísima tinta negra. No sé si en otras partes, pero en España al menos, la manía de quejarse y hasta de calumniar a la propia patria, es muy antigua y muy arraigada. Los más de los juicios disparatados que con tanta frecuencia emiten sobre España los extranjeros que la han visitado se fundan más que en lo que han visto, en lo que han oído; no en lo que presenciaron pasar por sí mismos, sino en lo que les dijeron aquí que pasa, cuando en realidad no pasa como les dijeron.

Respecto, verbigracia, a la miseria fisiológica en España y a eso del número de gentes que se acuestan cada día sin haber comido, no se puede hacer demasiado caso de lo que decía Costa. La estadística apenas si existe en España y aun dentro de la estadística hay observaciones tan falaces, como aquella de comparar lo que consume, en término medio de azúcar, un español y lo que consume un inglés, no entrando en cuenta, claro está, el azúcar que el español consume en forma de frutas: uvas, naranjas, higos, higos chumbos, etc.,—y no de terrones industrialmente obtenidos, y sin considerar tampoco que el tomar el sol ahorra de tomar azúcar. Y nada digo de esa leyenda que respecto al número de analfabetos que hay en España corre en ella y fuera de ella.

Pero Costa no fué tan profundo pesimista cuando creyó en la eficacia de una operación quirúrgica, como por lo que hace a la América Hispánica cree Enrique Pérez. Claro está que tanto Costa como el autor de este libro quieren que se una a la operación quirúrgica el tratamiento médico, pero me parece observar que dan a la primera, a la ci-

rugía, una importancia desmedida y desde luego mucho mayor de la que a la medicina conceden.

Y uno de los más sutiles y más eficaces procedimientos médicos es el de inspirar al enfermo confianza en sus propias fuerzas y no alarmarle demasiado no sea que se acobarde.

Para dirigir un pueblo—y le dirigen los que le hablan y para él escriben—hay que saber, como para dirigir a un niño y educarle, combinar el freno con la espuela, y ni desanimarle ni animarle con exceso. En esto del tira y afloja educativo está todo el arte del conductor de pueblos.

Plantéase en este libro, entre otros problemas, uno de los más sugestivos que la historia humana nos presenta y es el del tirano bueno o malo. Este problema se nos pone a cada paso ante la mente estudiando la Historia de la América Hispánica que tan fecunda ha sido en déspotas. Y es un caso curioso el que no pocos de éstos hayan sido verdaderamente populares y adorados por su pueblo. Si Dios me da salud y tiempo y llego a escribir un trabajo que proyecto sobre Rosas, Rodríguez, Francia y otros tiranos, espero entrar algo en ese problema y y rebuscar todo lo que de base económico-social haya en ello. Estigmatízolos con el dictado de tiranos sobre toda aquella minoría que formaba una cierta clase social burguesa, atenta a enriquecerse, sobre todo, europeizante, y para lo cual un cierto número de libertades de lujo—como lo es la libertad de volar para el que carece de alas o la de conciencia, en el sentido en que en este caso se toma, para quien no la tiene en tal sentido—estaban por encima hasta de la honradez administrativa. Y el pueblo analfabeto que veía no le faltaba trabajo, se cuidaba muy poco, y es natural que así sea, de que hubiese o no libertad de imprenta. Hay que desconfiar de los juicios históricos fraguados por los hombres de pluma.

Lo malo de la llamada tiranía buena, del porfirismo como alguien la ha llamado, es que acostumbrado el pueblo a delegar, a descansar en quien manda, distiende y afloja los caracteres y acaba embotando la conciencia patria. Su mal es el de una paz muy prolongada. Todo pueblo para vivir vida de progreso necesita lucha, interior o exterior. Y hay veces en que la rareza de revolucio-

